

la espalda; á Poniatowski en Stolpen con el cuerpo 8.º, á Lauristón en Dtohnitz con el 5.º, á Gerard en Schmie-defeld con el 11.º, á Souham en Radeberg con el 3.º. Dentro de una hora podía recibir noticia de todos, dentro de dos estar á su cabeza, y dentro de seis enviar los cuarenta mil hombres de la guardia en auxilio del que fuera atacado.

Además aplicóse Napoleón á enlazar la posición de Macdonald, situado más allá del Elba, con la de Saint-Cyr, apostado más acá de este río, y nada iguala al arte y á la profundidad de cálculo con que lo dispuso todo á tenor del nuevo objeto que se proponía. Antes que nada no quería estar obligado á acudir en persona á cada alternativa de aquel juego de idas y venidas á que seguía entregándose el enemigo, lo cual era fatigante al par que irrisorio, y adoptó sus disposiciones de modo que, si el contrario volvía á bajar por Peterswalde sobre Pirna, se viese precisado á ganar posiciones fuertes en extremo, y constreñido por tanto á empeñarse formalmente, en cuyo caso valía la pena de marchar en su busca. De consiguiente Napoleón hizo atrincherar todas las avenidas de las mesetas de Pirna y de Gieshübel, sobre las cuales debía desembocar necesariamente el enemigo que avanzara por Peterswalde. Hacia Langen-Hennersdorf era abordable la meseta de Pirna superior á la de Gieshübel. Allí dispuso Napoleón la construcción de muchos reductos y situó en su custodia á la división 42.ª, perteneciente al cuerpo de Saint-Cyr y mandada por Moutón-Duvernet que guardaba al mismo tiempo los fuertes de Lilienstein y de Koenigstein sobre el Elba. Por la meseta de Gieshübel cruzaba el camino de Peterswalde: igualmente hizo Napoleón construir allí numerosos reductos, enviando á las tres divisiones del primer cuerpo á las órdenes del conde de Lobau en su guarda. A fin de dar unidad á la defensa, la división 42.ª, separada del cuerpo 14.º á que pertenecía, fué puesta bajo el mando del conde de Lobau, quedando éste bajo el del mariscal Saint-Cyr, que así lo tenía todo bajo su mano. Para el caso en que hacia su borde exterior fuesen forzadas las dos mesetas, dispuso Napoleón que se atrincherara el castillo de Sonnenstein á la extremidad de la meseta de Pirna, y el Kohlberg á la extremidad de la de Gieshübel, de modo que el enemigo tuviera que tomar una segunda línea de obras defensivas. Finalmente, á la derecha de estas dos posiciones, enfrente del camino viejo de Tœplitz, que daba por Lieb-stadt sobre Borna, apostó Napoleón al mariscal Saint-Cyr con las otras tres divisiones del cuerpo 14.º, y le previno levantar los reductos armados con poderosa artillería, de suerte que ya no pudiera ser pura ficción una nueva tentativa contra estas posiciones bien atrincheradas y defendidas por siete divisiones.

A mayor abundamiento preparólas Napoleón una reserva, y la hizo consistir en dos divisiones de la joven guardia situadas en la ciudad de Pirna. Como de costumbre quedaron en Dresde el resto de la joven guardia y toda la vieja. No se atuvo Napoleón á estas dos precauciones: por un cálculo de los más sabios, quiso crear un vínculo secreto é ignorado entre estas posiciones, de Macdonald más allá del Elba, y de Saint-Cyr más acá de este río. Entre los fuertes de Koenigstein y de Lilienstein había dos puentes, según se ha visto; otro mandó echar junto á Pirna, de modo que la joven

guardia y una porción del cuerpo de Saint-Cyr pudieran pasar de improviso el Elba, y caer sobre la izquierda del enemigo que atacara á Macdonald, y de modo que Poniatowski pudiera por su parte echarse encima con una porción de las fuerzas de Macdonald sobre la derecha del enemigo que atacara á Saint-Cyr. Gracias á estas combinaciones podía esperar Napoleón no verse en la necesidad de correr tanto, ó al menos de no hacerlo sin ningún fruto contra cuerpos que se divertieran en perturbarle, sin voluntad de venir á formal pelea.

El mariscal Víctor debió permanecer en Freyberg, desde donde observaba los demás desemboques todavía más á la espalda de Dresde, y los cuales permitían que, por el camino de Commotau á Chemnitz, se dirigiera á Leipsick el contrario. No interceptaba precisamente en Freyberg este camino, pero lo podía hacer al cabo de una ó de dos marchas, y al mismo tiempo no se hallaba tan avanzado que no le fuera fácil retroceder hasta la posición del mariscal Saint-Cyr, si por Tœplitz desembocaba el enemigo sobre Peterswalde ó sobre Altenberg.

Respecto de los partidarios, que se descubrían en número no corto, no solamente por el camino de Commotau á Leipsick, sino también por el de Carlsbad á Zwickau, ocupóse Napoleón en destinar á perseguirlos cierta porción de caballería, á fin de darles caza si no eran más que partidarios lanzados á la ventura, ó de descubrir su destino si formaban la vanguardia de un ejército que marchara sobre Leipsick.

De Dresde destacó á Lefebvre Desnoettes, y le hizo retrogradar sobre el punto citado con tres mil hombres de caballería ligera. Este bizarro general debía recibir en el concepto de prestada momentáneamente la caballería ligera del mariscal Víctor, que se hallaba en Freyberg, la del mariscal Ney, que se había aproximado mucho después de la batalla de Dennewitz, y también debía tomar prestados del general Margarón dos mil hombres de infantería, teniendo en Leipsick muchos batallones de marcha, y todo para caer al frente de estas fuerzas juntas sobre los partidarios que infestaban la Sajonia y habían interceptado algunos de nuestros convoyes. Estos partidarios aparecían dirigidos por el general sajón Thielmann, el mismo que se había pasado algunos meses antes al enemigo, y que, con la infantería austriaca y con los cosacos de Platow, se presentaba para cortar nuestras comunicaciones, y procurar al mismo tiempo insurreccionar la Sajonia á nuestras espaldas. A la cabeza de siete ú ocho mil jinetes y de dos mil infantes, Lefebvre Desnoettes estaba encargado de perseguirle sin tregua. Véase por último lo que Napoleón ordenó acerca del mariscal Ney, replegado sobre Torgau actualmente. Ante todo, para dar más unidad á su ejército, decretó la disolución del cuerpo 12.º, puesto bajo el mando especial de Oudinot, y llamó á este mariscal á su lado. Después distribuyó las dos divisiones francesas de este cuerpo en el 4.º y el 7.º, á fin de proporcionarles más consistencia, y dedicó el resto de la división bávara á la custodia de los grandes parques, pues no cabía emplear más seguramente á esta división delante del enemigo. De los tres ó cuatro mil hombres perdidos por Ney de resultas de esta distribución nueva, indemnizóle con la excelente división de Dombrowski, que se había portado y se iba aún á portar heroicamente. Parte había formado de la división activa de Magdeburgo,



LOS VOLUNTARIOS DE 1813 EN ALEMANIA

salida á las órdenes del general Girard de esta plaza y condenada ahora á la inacción por tiempo indefinido. Reforzado el mariscal Ney algo en el número y mucho en la calidad de sus tropas, no teniendo ya bajo sus órdenes más que tenientes generales, fué establecido entre Vittemberg y Torgau, á fin de detener, ó á lo menos de contrariar mucho, al primer cuerpo enemigo que intentara cruzar el Elba. Contando cerca de treinta y seis mil hombres, entre los cuales no había ya más alemanes que algunos miles de sajones bien rodeados, sin duda no podía hacer cara á un grande ejército que resueltamente aspirase á pasar el Elba, pero si disputarle el paso hasta que se le diera ayuda, lo cual se había hecho fácil desde que Napoleón concentró tan hábil como tardíamente sus fuerzas en torno de la capital de Sajonia. Provisionalmente adoptó una providencia para asegurar al mariscal Ney los socorros de que necesitara, providencia combinada como todas las suyas, de modo de atender á la vez á más de un objeto. En Grossenhayn, algo más allá del Elba y á mitad del camino de Dresde á Torgau, situó al mariscal Marmont con diez y ocho mil hombres de infantería, y al general Latour-Maubourg con seis mil hombres de caballería. Además de estar prontos á alargar la mano al mariscal Ney estos veinticuatro mil hombres, debían proteger la navegación desde Hamburgo hasta Dresde, que no dejaba de ofrecer dificultades desde que el enemigo victorioso hacia la izquierda se aproximaba á las márgenes del Elba. Ahora bien, se debe hacer memoria de que nuestra principal fuente de alimentación se hallaba en Hamburgo. Esta ciudad se había redimido por medio de una contribución de cincuenta millones de francos, pagados en gran parte en trigo, en arroz, en carnes saladas, en bebidas espirituosas, en cueros, en caballos. Una porción de estos abastos se había llevado y consumido en Dresde: otra fué llevada á Torgau, donde ya se necesitaba de ella, pues á pesar de los constantes desvelos de Mr. Darí, á pesar de la habilidad que acreditaba para el mantenimiento de las tropas, apenas lograba salir airoso, especialmente desde que los partidarios interceptaban los caminos de Leipsick á Dresde, é impedían la ejecución de las ventas ajustadas con los habitantes. Por tanto el cuerpo acantonado en Grossenhayn debía asegurar los envíos que se hicieran por el Elba, así como las evacuaciones de heridos y de enfermos que Napoleón había ordenado sobre Torgau, Vittemberg y Magdeburgo.

Tales fueron las disposiciones tomadas por Napoleón al volver á mediados de septiembre á la capital de Sajonia. Con cuatro cuerpos reunidos á las órdenes de Macdonald en las inmediaciones del Elba y hacia adelante, con los cuerpos de Lobau, de Víctor y de Saint-Cyr detrás de este río, apoyados unos y otros en buenas trincheras y comunicándose por muchos puentes, con Ney en custodia del Elba inferior hacia Torgau, con Marmont y Latour-Maubourg situados entre Torgau y Dresde, para proteger los envíos que se hicieran por el Elba y flanquear á Macdonald, ó bajar en auxilio de Ney; finalmente, con toda la guardia concentrada en la capital de Sajonia, y pronta á suministrar un socorro de cuarenta mil hombres á aquel de nuestros generales que se hallara en peligro, sin contar siete ú ocho mil jinetes que á nuestras espaldas corrían de-

trás de los partidarios, Napoleón juzgaba su situación bastante restringida, y hasta, si llegaban comestibles, se lisonjeaba de pasar allí el invierno, sin necesidad de agotarse en correrías vanas para resistir á demostraciones engañosas. En adelante pensaba no moverse sino para tentativas formales que valieran la pena que le costasen sus maniobras. Sólo un inconveniente había en este nuevo modo de tomar asiento, el de la pérdida probable de las plazas del Óder y del Vístula, cuyas numerosas guarniciones, bloqueadas ya hacía ocho meses, de seguro no se mantendrían más allá del otoño. Dejadas lejos estas guarniciones con la esperanza de tornar sobre el Vístula después de ganada una batalla, era un sacrificio hecho al deseo quimérico de restablecer en una sola jornada su fortuna. Ya Napoleón no contaba con esto, y pesaroso veía sacrificadas aquellas tropas excelentes; pero el mal ya no tenía remedio, y ahora sólo pensaba en mantenerse sobre el Elba, cosa que, mientras permaneciese en tal puesto, venía á ser para las mismas guarniciones un motivo de confianza y una razón para perseverar en su defensa. Después de todo, nada auguraba que después de un feliz suceso no se pudiera obtener un nuevo armisticio cuyas condiciones esenciales se dirigieran á reavivular las plazas del Óder y del Vístula.

Mientras se entregaba á estas ideas en la capital de Sajonia, un nuevo acto del enemigo volvió á llamar de repente hacia Pirna. Los austriacos no se habían alejado más que por un momento de los prusianos y de los rusos, para reorganizarse algún tanto detrás del teatro de la guerra, y para precaver alguna tentativa sobre Praga, que se pudiera recelar al ver á Napoleón en marcha sobre Bautzen y Gorlitz, como en los días 4 y 5 lo estuvo. Tranquilizados sobre esto, á causa de su retorno á la capital de Sajonia, repuestos de la ruda sacudida de las jornadas del 26 y 27 de agosto, volvieron á Tœplitz, conociendo á las claras que era una falta grave la de dejar á Kleist y á Wittgenstein solos delante del grande ejército de los franceses. Apenas Wittgenstein tuvo noticia de su vuelta, determinó la mañana del 13 de septiembre pasar de nuevo las montañas y asomar otra vez delante de los campos de Pirna y de Gieshübel. No tenía que esforzarse mucho para arrastrar al prusiano Kleist, y juntos volvieron á la carga contra Saint-Cyr y Lobau, y en particular contra el postrero. Desgraciadamente las obras ordenadas por Napoleón el 11 en Largen-Hermersdorf, en Borna, en Gieshübel, no podían estar concluidas el 13, y el conde de Lobau se vió obligado á replegarse hacia el último punto, como se había hecho con frecuencia. Contra su gusto y sin prometerse ningún resultado, hubo Napoleón de operar un nuevo movimiento sobre las montañas de Bohemia, para repeler una vez más al otro lado de las montañas á los molestos y cansados visitantes que le venían á perturbar de continuo. Sin embargo, habiendo dejado parte de la guardia en Pirna, sólo tenía que poner en movimiento su persona, que no contemplaba lo más leve, y volvió allí con la vaga esperanza á que se abandonó poco, si bien no la pudo desechar de su mente del todo, de castigar otra vez más al enemigo taimadísimo que tenía sobre su derecha y ya algo sobre su espalda. Aspirando apasionadamente á una gran batalla, único medio de salir de su

posición desventajosa, á pesar suyo cedía á la esperanza de encontrarla en el camino, puesto que avanzaba el contrario.

Así, poniéndose el día 15 á la cabeza de sus tropas, hizo que se empujara el enemigo desde Gieshübel á Peterswalde, adonde fué repelido en desorden. Pero algunos hombres prisioneros ó dejados fuera de combate fueron aún el único resultado de este movimiento. Con todo, los contrarios se mantuvieron arrogantemente delante de los desfiladeros de Hollendorf, á la falda de la cumbre que separa la Sajonia de la Bohemia. Al cielo se suplicaba que siguiesen con la misma confianza á otro día, sin confianza de lograrlo. A pesar de lo horrible del tiempo se puso en marcha Napoleón el 16 de septiembre hacia el desfiladero de Hollendorf, mientras el mariscal Saint-Cyr á su derecha desde Furstenswalde sobre la garganta del Geyersberg, que el día 10 no pudo ser cruzada. Calurosamente persiguió á los prusianos y á los rusos, y transpuestas ya las gargantas, cayendo sobre ellos al galope los lanceros rojos de la guardia, los pincharon y los cogieron en número no escaso. En una de las tales cargas el coronel Blücher, hijo del general de este nombre, cayó en nuestras manos herido de muchas lanzadas. Se le trató con exquisitas contemplaciones, y en su lenguaje se pudo traslucir que tenía unidos á los coligados la necesidad, y no el afecto ni la confianza. Por lo demás poco importaba el sentimiento que los unía, si bastaba para hacerlos aún marchar juntos una ó dos campañas. A la caída de la tarde se llegó á las inmediaciones de Kulma, y hallóse á todo el ejército de Bohemia establecido en fuertes posiciones, donde era difícil atacarle con buen suceso. Allí sumaba por lo menos ciento veinte mil hombres después de la vuelta de los austriacos, y Napoleón sólo tenía sesenta mil consigo. Se necesitara que desguarneciera las márgenes del Elba para juntar más tropas, y verdaderamente la ocasión no era tan propicia que debiera exponerse al riesgo de dejar los puntos más importantes de su extensa línea al descubierto.

Al día siguiente, 17, empleó la mañana en cañonear á los rusos y en matarles así alguna gente, pero una tempestad horrorosa, mezclada de lluvia, de granizo y de nieve, exponiendo al soldado á graves padecimientos, era sobrada razón para retirarse. Por tanto volvió á pasar las cordilleras de las montañas, despidióse de aquellas llanuras de la Bohemia, que ya no debía ver nunca, y fué á situarse en Pirna, cerca del puente que había mandado construir en secreto, á fin de que el enemigo no sospechara la masa de fuerzas que sobre una ú otra orilla podía desembocar al cabo de algunas horas. Allí reunió toda la guardia, y se mantuvo en acecho, pronto á aprovecharse de la ocasión y á conducir cuarenta mil hombres en auxilio de Macdonald ó de Saint Cyr, si se hacía alguna tentativa formal sobre la margen derecha ó sobre la margen izquierda del alto Elba. En este instante descubría el mariscal Macdonald singulares movimientos en las filas del enemigo. Al parecer por una parte nuevas tropas remontaban de izquierda á derecha para entrar en Bohemia hacia el desemboque de Zittau, y por otra, yendo las tropas de derecha á izquierda, abandonaban á Blücher para incorporarse á Bernadotte. Como, según las apariencias,

se debían consumir sobre el frente de Macdonald los sucesos más graves, Napoleón juzgó oportuno mantenerse en su posición de Pirna. Con efecto, si convenía caer sobre los asaltadores que atacaran á Macdonald, en vez de pasar el Elba por Dresde, prefería pasarlo por Pirna ó por Koenigstein, pues además de ahorrar camino á sus tropas, así cogiera de flanco y de revés al enemigo que acometiera de frente la posición de Dresde. A mayor abundamiento, manteniéndose en Pirna con toda su guardia, conservaba la facilidad de declinar hacia atrás sobre el flanco de la columna que pudiera volver á hostigar al conde de Lobau en Gieshübel. Finalmente, con su presencia aceleraba y dirigía las obras ordenadas sobre estos diversos puntos. No podía, pues, situarse de mejor modo, ni combinar de una manera más hábil sus operaciones.

Pero estas sabias maniobras no impedían que la guerra se arrastrara tristemente á la larga, que nuestros reclutas se consumieran en fatigas muy superiores á sus años, y sobre todo que se alejaran aquellos sucesos definitivos, á los cuales Napoleón había acostumbrado á Francia y á Europa, y de los cuales necesitaba para sostener la moral de sus soldados y desconcertar el odio siempre creciente de sus enemigos. Así sentíase apesarado sin caer en el desaliento, y oía numerosas murmuraciones aun entre sus oficiales, quienes, en vez de condenar con osadía su ambición imprudente, incurrian en el yerro de censurar su táctica admirable, que no dejaba que desear nada, y que, cuando pecaba por algo, sólo de su política era la culpa. La idea más esparcida entre su estado mayor reducíase á que conviniera trasladarse junto al Saale, línea imposible de defender más allá de ocho días, según hemos dicho, y hacia la cual no se podía retrogradar más que para replegarse sobre el Rhin en seguida, lo cual equivalía al abandono instantáneo de todas las pretensiones por las cuales se continuaba la guerra. Sensible era no haber efectuado este abandono dos meses antes, pero hoy se había hecho casi impracticable. Militarmente fuera difícil evacuar el Elba, pues arrastrara consigo la retirada inmediata hacia el Rhin, con el sacrificio de cuanto se dejara junto al Vístula, junto al Óder, y aun quizá junto al Elba, esto es, con el sacrificio de ciento veinte mil hombres y de treinta mil enfermos, y con el riesgo de desmoralizar al ejército y de perder alguna gran batalla al retirarse. Para evacuarlo, más valiera hacerlo políticamente, ofreciendo al punto volver á abrir las negociaciones sobre la base del abandono de Alemania. ¿Pero lo consintieran á la sazón los coligados embriagados de esperanza? No era muy probable. De consiguiente la falta de perseverar sobre el Elba, no á causa del mismo río, sino de todo lo que había la pretensión de defender á sus orillas, casi condenaba á permanecer junto á ellas ó á sufrir la muerte. A mayor abundamiento distaba mucho Napoleón de creerse reducido á una extremidad semejante. Siempre entreveía ó una pequeña guerra de idas y venidas, en la cual no pensaba ya gastar más las piernas de sus soldados, y que le permitiría llegar sano y salvo al invierno, ó una empresa de monta sobre sus espaldas, partiendo de la Bohemia ó del Elba inferior, que trajera consigo una batalla decisiva. Esta última eventualidad es la que más acariciaba en su mente, y con efecto parecía la

más próxima á realizarse, si bien en condiciones que no eran las que había esperado siempre.

Sin duda los coligados estaban dispuestos á terminar por medio de un choque directo con Napoleón la campaña. Su táctica, reducida á evitarle para caer sobre sus lugartenientes, no podía ser eterna, y había bastado para reducirle á tal desproporción de fuerzas, que ya era la de dos y muy pronto iba á ser la de tres contra uno. Pero se necesitaba al cabo llegar al momento, deseado al par que temido, de echársele encima en masa para abrumarle. Desearlo era sencillo, sobre todo comenzando á avanzar la estación. El grande ejército de Bohemia, mucho más fuerte y mejor compuesto que los otros, casi repuesto desde Kulma de la terrible sacudida experimentada bajo los muros de Dresde, estimulado además por la presencia de los soberanos impacientes de llegar á un resultado definitivo, se hallaba pronto á efectuar un nuevo descenso de Bohemia á Sajonia sobre las espaldas de Napoleón, si bien no tan cerca, y volvía á la primitiva idea de trasladarse por Commotau y Leignitz á Leipsick. Los numerosos partidarios, lanzados entre el Elster y el Saale á las órdenes de Thielmann y de Platow, eran como los corredores de vanguardia destinados á abrirles camino. Sin embargo, antes de ensayar tan vasta empresa, que iba á producir un desaffo á muerte con Napoleón, deseaba que de los tres ejércitos activos marcharan dos juntos, por ejemplo el de Bohemia y el de Silesia. Para esto anhelara que el ejército ruso de reserva, preparado ya hacia largo tiempo á las órdenes del general Benningsen en Polonia y trasladado á Breslau actualmente, viniera á ocupar el puesto de Blücher delante de la capital de Sajonia, y que, aprovechándose éste de la coyuntura para ocultarse á la vista, fuera por Zittau á operar su unión con el príncipe de Schwartzberg en Bohemia y luego marcharan sobre Leipsick todos juntos. Sólo bajo esta condición osaba el gran estado mayor de los tres soberanos concebir la idea de arriesgar una segunda batalla de Dresde, no en Dresde, sino en Leipsick.

Fácilmente se conoce que entre Blücher y sus amigos no debía fermentar con menos fuerza el pensamiento de hacer que viniera á parar la campaña actual á un resultado próximo y decisivo. Orgullosísimo Blücher y sus oficiales de haber repelido á los franceses del Bóber al Elba, ardían en deseos de llegar á un desenlace, y estaban dispuestos á arrostrarlo todo por conseguirlo. Desde principios de septiembre había enviado Blücher á Bohemia un personaje de confianza para sondear á los oficiales prusianos que rodeaban al monarca y suscitarse entre ellos la idea de una operación vasta sobre las espaldas de Napoleón. Este emisario hallólos propensísimos á acabar pronto, si bien llenos del pensamiento recién emitido y consistente en traer al mismo Blücher á Bohemia para descender sobre Leipsick los dos ejércitos de Bohemia y de Silesia juntos. Pero Blücher y sus amigos del *Tugend-Bund*, de quienes se hallaba rodeado, amaban de sobra la independencia para que por su gusto se pusieran bajo la autoridad directa del estado mayor de los soberanos. Sin embargo, para resistir á la propuesta citada les asistían razones más válidas que su amor á la independencia. Con efecto, era difícil que el ejército de Silesia llegara á ocultar á Na-

poleón tan completamente su marcha que pudiera remontarse á Bohemia, cruzar las montañas y seguir á lo largo de su falda hasta Töplitz sin traerse encima un golpe formidable. No obstante, como tarde ó temprano se necesitaría que Blücher, á no querer consumirse sin fruto delante de Dresde, ejecutara una maniobra atrevida sobre el bajo ó el alto Elba, no carecía de réplica la razón alegada. Aún dió otra más fuerte el estado mayor de Silesia, y á la cual era difícil que se respondiese. Poco satisfactorias eran las noticias que se tenían del ejército del Norte. Así los oficiales rusos como los prusianos, y más los últimos todavía, puestos bajo las órdenes del príncipe real de Suecia, se quejaban de su inacción durante las batallas del Gross-Beeren y de Dennewitz. Formalmente le acusaban ó de una prudencia muy próxima á la debilidad ó de una infidelidad muy próxima á la traición. Sostenían que en estas dos ocasiones se lo había dejado hacer todo á los generales prusianos, y que sabiendo sus apuros, se apresuró poco á sacarlos de ellos, y que habiendo podido destruir al ejército francés, no quiso ó no se atrevió á ponerlo por obra. Esta última suposición era exacta. No había arriesgado sino temblando su falso renombre, y así su excesiva prudencia hizo que su energía militar ó su lealtad se pusieran en duda. Ahora mismo, no teniendo delante más que á Ney reducido á treinta y seis mil hombres, permanecía como aplanado bajo el cañón de Magdeburgo, y fingía preparativos de pasar el Elba, sin ningún deseo de ponerlos en planta. De consiguiente Blücher decía que, de poner en movimiento al ejército de Silesia para hacerle operar con el de Bohemia ó el del Norte, más valía reunirle á éste, que de seguro no obraría sino arrastrado ó dominado por otro. Así, en vez de dirigirse á Bohemia, propuso enviar allí el ejército de Benningsen, que, penetrando por Zittau y cubierto por él durante su marcha, nada tendría que temer y se incorporaría al príncipe de Schwartzberg en Töplitz sin ningún peligro. Para cuando se llevase á cabo este movimiento ofrecía ejecutar un ataque simulado sobre el campo atrincherado de Dresde, dejar luego en su puesto algunas tropas de caballería para engañar á los franceses, y descender con sesenta mil hombres al Elba inferior, y obligar á Bernadotte á pasarlo hacia Wittemberg, y remontar seguidamente en su compañía el Mulda hasta Leipsick á la cabeza de ciento veinte ó de ciento treinta mil hombres, mientras el príncipe de Schwartzberg, aumentado con Benningsen, bajara allí con más de doscientos mil soldados. Así se tendrían sobre las espaldas de Napoleón trescientos veinte mil hombres por lo menos, y se le obligaría á una batalla general, desastrosa para él si la perdía, y poco dudosa para los soberanos, dándola con tanta superioridad de fuerzas.

Este plan, que, sin una gran profundidad de concepción, tenía en el poder del número y en la pasión de los coligados verdaderas eventualidades de buen éxito, pareció con razón muy preferible al ideado en Bohemia, y fué adoptado, verificándose que el ardiente deseo de triunfo hiciera callar el amor propio de todos. Por consiguiente se convino en que el general Benningsen con su ejército de reserva, que constaba de unos cincuenta mil hombres y ya había cruzado la Silesia, se encaminara al desfiladero de Zittau no custodiado ya por Poniatowski, penetrara en Bohemia, pasara el alto Elba la